DIOSES Y GUERREROS

EL FUEGO AZUL

MICHELLE PAVER

Traducción de Ángeles Leiva

KIMERA

Primera edición: octubre de 2012
Segunda edición: marzo de 2014
Título original inglés: *The Outsiders*
Primera edición en lengua inglesa publicada en el Reino Unido por Penguin Books Ltd

Edición: David Sánchez Vaqué
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Adaptación de cubierta: Book and Look
Maquetación: Fotocomposición Marquès, SL

Mapa: Fred Van Deelen
Logo de la serie: James Fraser

© 2012 Michelle Paver
© 2012 Puffin Books, por el mapa y el logo
© 2012 Ángeles Leiva Morales, por la traducción
© 2014 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Kimera es un sello de la editorial La Galera

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95
08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com

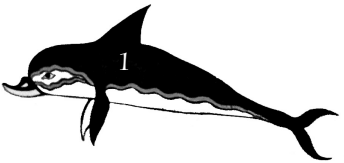
Impreso en Reinbook
Avda. Barcelona, 260
Pol. Ind. El Pla
08750 Molins de Rei

Depósito legal: B-2.609-2014
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-5253-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

EL MUNDO DE DIOSES Y GUERREROS

LA ISLA DE LAS ALETAS



1

El asta de la flecha era negra y estaba adornada con plumas de cuervo, pero Hilas no veía la punta ya que la tenía hundida en el brazo.

La agarró para que dejara de vibrar y bajó como pudo por la ladera. No tenía tiempo de arrancársela. Los guerreros negros podían estar en cualquier parte.

Se moría de sed y estaba tan cansado que no podía pensar con claridad. El Sol caía de lleno sobre él y los espinos no daban sombra alguna; se sentía totalmente expuesto. Pero aún mayor era su preocupación por Issi, y la dolorosa incredulidad ante lo de Vete.

Al encontrar el sendero que descendía por la Montaña, se detuvo, jadeando. El canto de las cigarras retumbaba con fuerza en sus oídos. El grito de un halcón resonó en el desfiladero. No oyó nada que le hiciera pensar que lo perseguían. ¿Habría conseguido librarse de ellos?

Seguía sin hacerse a la idea de lo ocurrido. Issi y

él habían pasado la noche anterior en una cueva situada bajo la cima oeste. Ahora su hermana había desaparecido, su perro estaba muerto y él se veía huyendo para salvar la vida; un muchacho esmirriado, sin ropa ni puñal, y con un pequeño amuleto mugriento colgado de una correa que llevaba al cuello, como única pertenencia.

El brazo le dolía a rabiar. Con el asta de la flecha bien cogida para que no se moviera, se acercó tambaleante al borde del camino. Varios guijarros rodaron hasta caer al río, que estaba a una distancia de vértigo. La pendiente era tan abrupta que las copas de los pinos le quedaban a ras de los pies. Ante él, la sierra de Liconia se perdía a lo lejos, y a sus espaldas se alzaba el pico más imponente de todos: el monte Licas, cuyas cumbres nevadas se veían resplandecientes.

Hilas pensó en la aldea que había al pie de la garganta y en su amigo Telamón, que se hallaba en la fortaleza del Gran Señor, situada al otro lado de la Montaña. ¿Habrían quemado el poblado y atacado Lapitos los guerreros negros? Pero entonces ¿por qué no veía humo ni oía tocar los cuernos de carnero en señal de alarma? ¿Cómo es que el Gran Señor y sus hombres no se defendían?

El dolor del brazo lo mortificaba. No podía dejarlo para más tarde. Cogió un puñado de tomillo y luego arrancó una hoja gris afelpada de un gordolobo para utilizarla como vendaje. La hoja era tan gruesa y suave como la oreja de un perro. Hilas frunció el ceño. No pienses en Vete.

Habían estado juntos momentos antes del ataque. Vete se había recostado contra él, con su lanudo pelaje enmarañado con abrojos. Tras quitarle un par, Hilas le apartó el hocico y le dijo que cuidara de las cabras. Vete se había

alejado tranquilamente, meneando el rabo y volviendo la vista hacia él como diciendo: «Sé lo que tengo que hacer. Soy un perro cabrero, sirvo para eso».

No pienses en él, se repitió Hilas implacable.

Apretando los dientes, agarró con fuerza el asta de la flecha, tomó aire y tiró.

Casi se desmayó del dolor. Se mordió los labios y comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás para luchar contra el fuerte oleaje teñido de rojo. Vete, ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes a lamerme el brazo?

Con una mueca de sufrimiento, aplastó el tomillo y se lo puso sobre la herida. Le resultó difícil vendarse el brazo con una sola mano, pero al final lo consiguió, atando la hoja de gordolobo con un tallo de hierba que apretó con los dientes.

El extremo de la flecha yacía en el suelo, donde la había dejado caer. Tenía la forma de una hoja de álamo, con una despiadada punta lacerante. Hilas nunca había visto una igual. En las montañas, la gente hacía las puntas de flecha de sílex... o si eran ricos, de bronce. Aquella era distinta. Estaba hecha con obsidiana, un material negro y reluciente que Hilas reconoció porque la hechicera de la aldea poseía un fragmento. La mujer decía que era la sangre de la Madre, arrojada desde las ardientes entrañas de la Tierra y convertida en roca. Según ella, procedía de las islas de más allá del Mar.

¿Quiénes eran los guerreros negros? ¿Por qué lo perseguían? Él no había hecho nada.

¿Habrían encontrado a Issi?

Detrás de él, una bandada de palomas alzó el vuelo con un sonoro aleteo.

Hilas se volvió.

Desde donde estaba, el sendero descendía de forma abrupta y desaparecía a la vuelta de un ramal, por detrás del cual surgía una nube de polvo rojo. Hilas alcanzó a oír el ruido sordo de una multitud de pies y el golpeteo de flechas metidas en aljabas. Se le revolvió el estómago.

Habían regresado.

Hilas se arrastró fuera del camino y se agarró a un árbol joven, aferrándose a él como un murciélago.

El estruendo de pasos se oía cada vez más cerca.

Buscando un lugar donde apoyarse con la punta de los pies, dio con un saliente, sobre el cual fue moviéndose poco a poco de lado. Tenía la cara pegada a la raíz de un árbol. Miró hacia abajo... y lamentó haberlo hecho. Lo único que vio fue una imagen vertiginosa con las copas de los árboles al fondo.

Los guerreros avanzaban corriendo a un paso extenuante. Hilas percibió el crujido del cuero y el hedor a sudor, así como un extraño olor acre que le resultaba terriblemente familiar. Le sonaba de la noche anterior. Los guerreros llevaban la piel cubierta de ceniza.

Hilas perdió de vista la cornisa, pero a su izquierda vio que el sendero describía una curva, y sobresalía de la ladera del desfiladero. Los oyó pasar a la carrera. Recorrieron el recodo, y a través de una nube de polvo rojo, Hilas los vislumbró. Formaban un tumulto de armaduras de cuero crudo negro, una espesura de lanzas, dagas y arcos. Sus largas capas negras se agitaban a sus espaldas como alas de cuervo y, bajo los cascos, sus rostros se veían grises por la ceniza.

Un hombre dijo algo a voces desde un lugar aterradoramente cercano.

A Hilas se le cortó la respiración. El guerrero que había gritado se hallaba justo encima de él.

Los que iban por delante dieron media vuelta y retrocedieron por el camino. En dirección a Hilas.

Este oyó el crujir de los guijarros del camino bajo los pies de un hombre que volvía sobre sus pasos. Caminaba sin prisas –por lo que Hilas supuso que sería el jefe– y su armadura sonaba con un extraño y duro tintineo.

—Mira —dijo el primer hombre—. Sangre.

Hilas se quedó helado. Sangre. Has dejado sangre en el camino.

Aguardó.

El jefe no respondió nada.

El guerrero pareció impacientarse ante su silencio.

—Seguro que es del cabrero —se apresuró a decir—. Lo siento. Lo querías vivo.

Seguía sin haber contestación.

A Hilas le caía el sudor por los costados. De repente, recordó la punta de flecha que había dejado tirada en el camino. Rezó para que no la vieran.

Estirando el cuello, vio la mano de un hombre agarrada a una gran roca situada al borde del camino.

Era una mano fuerte, pero parecía no tener vida. La piel estaba cubierta de ceniza, y las uñas manchadas de negro. La muñequera que le tapaba el antebrazo tenía el color rojo oscuro de un atardecer enfurecido, y brillaba tanto que dañaba la vista. Hilas sabía qué era, aunque nunca lo había visto tan de cerca. Era bronce.

Le entró polvo en los ojos. Casi no se atrevía a pestañear. Los

dos hombres se hallaban tan cerca de él que les oía respirar.

—Deshazte de eso —ordenó el jefe.

Su voz sonó hueca. A Hilas le hizo pensar en fríos lugares adonde no llegaba la luz del Sol.

Por el borde del camino arrojaron algo pesado que a punto estuvo de caerle encima. Tras estrellarse contra un espino que le quedaba a un brazo de distancia, el bulto se balanceó hasta que dejó de moverse. Hilas abrió los ojos con dificultad y casi vomitó al verlo.

Lo que antes había sido un muchacho era ahora un horrendo despojo de sangre oscura y tripas amoratadas reventadas como un nido de gusanos. Hilas, aunque a duras penas, lo reconoció. Se llamaba Esciro. No era amigo suyo, pero también cuidaba cabras; era unos años mayor que él, e implacable en la lucha.

Hilas tenía el cadáver tan cerca que casi podía tocarlo. Notaba los esfuerzos del espíritu de Esciro airado por intentar liberarse. Y si se le metía a él por la boca...

—Este es el último —dijo el primer hombre.

—¿Y la chica? —preguntó el jefe.

A Hilas se le encogió el estómago.

—Ella no importa, ¿no? —repuso el otro hombre—. No es más que...

—¿Y el otro muchacho? ¿El que ha huido?

—Le he dado. No llegará lejos...

—Entonces este no es el último —dijo el jefe fríamente—. No mientras el otro chico esté vivo.

—No —contestó el otro hombre con voz asustada.

Hilas oyó de nuevo el crujir de los guijarros al reanudar los hombres la marcha, y deseó con todas sus fuerzas que no se detuvieran.

En el recodo donde el sendero se veía sobresalir, el jefe hizo un alto en el camino. Apoyó el pie en una roca y se inclinó hacia delante para echar otro vistazo.

Lo que Hilas vio no le pareció un hombre, sino un tenebroso monstruo de bronce. De bronce eran las canilleras que protegían sus poderosas espinillas, así como la coraza que llevaba superpuesta sobre un corto faldón de cuero negro. Coronaban el peto unas hombreras también de bronce de una anchura aterradora. Aquel guerrero no tenía rostro, tan solo una rendija para los ojos; llevaba un cubrecuellos que llegaba a protegerle nariz y boca, y un casco pintado de negro y forrado con escamas de colmillos de jabalí, con un par de carrilleras de bronce a los lados y una cola de caballo negra a modo de cimera. Lo único que revelaba su condición humana era el cabello. Le llegaba por debajo de los hombros, trenzado con aquellos mechones ondulantes de guerrero capaces de doblegar una hoja con su grosor.

Hilas era consciente de que el jefe podría notar su mirada, pero no podía apartar la vista de él. Sentía la necesidad de observar la rendija abierta en aquella cabeza sin rostro, sabiendo que aquellos ojos ocultos estaban rastreando las laderas en su búsqueda.

Por un momento, la cabeza se volvió para mirar río arriba.

Haz algo, pensó Hilas. Distráelo. Si se gira hacia aquí y te ve...

Apoyándose bien en el saliente, Hilas soltó una mano del árbol sin hacer ruido y la acercó al espino de donde colgaba el cuerpo de Esciro para propinarle un empujón. El cadáver dio una sacudida, como si no le gustara que lo tocaran.

La cabeza sin rostro comenzó a girar en su dirección.

Estirado al máximo, Hilas dio otro empujón a Esciro. Este cayó al fondo, rebotando contra las paredes de la garganta.

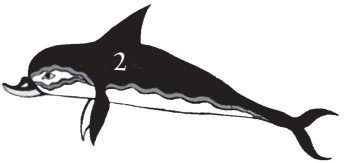
—Mirad —dijo uno de los guerreros, riendo—, se escapa.

El comentario provocó una cascada de risas entre los demás, no así del jefe. Su rostro invisible observó cómo el cuerpo del muchacho se estrellaba contra el fondo del despeñadero... y luego se retiró.

Hilas pestañeó para quitarse el sudor y el polvo de los ojos al tiempo que escuchaba los pasos de los guerreros alejarse por el sendero.

El pequeño árbol al que estaba asido comenzó a ceder bajo su peso. Hilas se agarró a una raíz.

De nada sirvió.



Hilas resbaló hasta el río. Le llovieron guijarros... pero no flechas.

Había ido a parar de bruces sobre una aulaga, pero se obligó a mantenerse inmóvil, consciente de la capacidad de un cazador para captar al instante el menor movimiento. Se notaba magullado y lleno de rasguños, pero no creía haberse roto ningún hueso, y aún conservaba el amuleto.

Las moscas zumbaban en sus oídos y el Sol le quemaba la espalda. Finalmente, levantó la cabeza y recorrió el desfiladero con la mirada. Los guerreros negros habían desaparecido.

Esciro, sin embargo, se había quedado un poco más arriba. Al menos, la mayor parte de él. Sus vísceras estaban desparramadas por las rocas de la ladera, como una red de pesca extendida al Sol para secarse. Los buitres ya daban vueltas en el cielo, y el cadáver tenía la cabeza retorcida, como si quisiera echar un vistazo.

Su espíritu necesitaría ayuda para encontrar re-

poso tras su muerte, pero Hilas no podía arriesgarse a enterrarlo o cumplir con los ritos.

—Lo siento, Esciro —masculló—. Son las reglas de la supervivencia: no ayudes a aquel que no puede ayudarte.

Sauces y castaños se inclinaban sobre el río; era un alivio sentirse a cubierto. Hilas se acercó a la orilla a trompicones y se arrodilló para beber. Luego se salpicó de agua, siseando al notarla fría en su piel caliente y llena de arañazos. Por un momento alcanzó a ver su imagen fragmentada en el agua: los ojos rasgados, la boca tensa, el pelo largo a ambos lados de la cara.

Saciar la sed lo calmó, y por primera vez desde el ataque se vio capaz de pensar. Necesitaba comida, ropa y un puñal. Sobre todo, necesitaba llegar a la aldea. Issi sabría que era el lugar más seguro, y para entonces ya estaría allí. Seguro, se dijo con ímpetu.

El graznido de los buitres resonó en el desfiladero; Esciro había desaparecido bajo un tumulto de cuellos curvados y alas polvorientas. Para impedir que su fantasma lo siguiera, Hilas se apresuró a coger unas hojas de ajo de oso y las esparció detrás de él; el aroma de los alimentos servía de sustento a los espíritus, y cuanto más fuerte fuera, mejor. Luego echó a correr, siguiendo el curso del río a través de la garganta.

Sentía que los árboles y las rocas lo observaban. ¿Acabarían delatándolo? Hilas se había criado en aquellas montañas. Conocía sus senderos secretos y el lenguaje de los animales que las habitaban: el grito del halcón, el rugido lejano del león. Sabía qué barrancos arrasados por el fuego había que evitar para no toparse con las Furias. Pero ahora todo había cambiado.

«Este no es el último», había dicho el guerrero. Él sabía que Hilas seguía con vida. Pero ¿a quién más se referiría?

De repente, se le ocurrió pensar que Esciro quizá no fuera un cabrero sin más, sino un Marginal.

Hilas era un Marginal. Issi también. Habían nacido fuera de la aldea; Neleo, el jefe del poblado, los había encontrado en la Montaña cuando eran pequeños y los había puesto a trabajar. En verano cuidaban de sus cabras en la sierra, y en invierno bajaban con ellas al desfiladero.

Pero ¿por qué los perseguirían los guerreros negros? No tenía sentido. Los Marginales no le importaban a nadie; eran lo más bajo que había.

A medida que el Sol avanzaba hacia el oeste, las laderas de la garganta fueron quedando en sombra. A lo lejos se oía ladrar a un perro. Parecía inquieto. Hilas deseó que se callara.

Llegó ante un árbol, bajo el cual había una mesa de ofrendas de tres patas hecha de arcilla y dedicada al dios de la Montaña. Hilas cogió la mohosa piel de liebre con la que estaba tapada y se la anudó a la cadera. Al ver que una lagartija lo observaba fríamente, farfulló una disculpa por si era un espíritu disfrazado.

Ahora ya no iba desnudo y lo agradecía, pero se mareaba del hambre que tenía. Aún no era tiempo de higos, pero mientras corría consiguió coger unas fresas mordisqueadas por los ratones y encontró un espino donde un alcaudón guardaba su comida: tres cigarras y un gorrión ensartados en las espinas del arbusto. Con un apresurado «Perdón» dirigido al ave, se lo zampó todo, escupiendo plumas y trozos de caparazón.

Comenzó a pasar por delante de olivos y tierras labradas

en la falda de la Montaña. La cebada ya estaba lista para su cosecha, pero allí no había nadie. Todo el mundo debía de haber huido a la aldea, a menos que los guerreros negros la hubieran reducido a cenizas.

Hilas comprobó aliviado que aún seguía en pie, aunque sumida en una calma extraña e inquietante. Las chozas de adobe se apiñaban, como ovejas asustadas, tras una empalizada de espino. Percibió el olor a humo de leña, pero no oyó voces. Fuera debería haber habido burros, y cerdos en busca de sobras. Sin embargo, no había nada. Y las puertas de los espíritus se hallaban cerradas.

El portón se veía embadurnado de un color ocre rojizo y, desde lo alto de las astas de toro amarradas al travesaño, miraba el Ancestro. Este había adoptado forma de urraca, pero sin duda era un Ancestro... aunque no suyo.

Hilas esparció la cebada que había robado por el camino, pero el Ancestro no respondió a su ofrenda. Sabía que él no era de allí. Las puertas de los espíritus tenían como función proteger el poblado... y no dejar pasar a los Marginales.

El portón se entreabrió con un chirrido y por el resquicio asomaron unos rostros mugrientos. Hilas conocía a los aldeanos de toda la vida, pero se lo quedaron mirando como si fuera un extraño. Algunos sostenían antorchas crepitantes hechas con tallos de cañaheja; todos ellos empuñaban hachas, hoces y lanzas.

En un frenesí de ladridos, los perros pasaron por la rendija abierta y se lanzaron hacia él. Al frente iba un perro pastor llamado Dardo, grande como un oso y adiestrado para desgarrarle el cuello a un hombre al oír la orden. Dardo se paró enfurecido ante Hilas, le clavó la mirada y

bajó la cabeza con un gesto amenazador. Sabía que Hilas tenía prohibida la entrada a la aldea.

Hilas no se movió del sitio. Si retrocedía un paso, Dardo lo atacaría.

—¡Dejadme entrar! —gritó.

—¿Qué quieres? —gruñó Neleo—. ¡Tendrías que estar en la Montaña, cuidando de mis cabras!

—¡Dejadme entrar! Quiero ver a mi hermana.

—No está aquí. ¿Qué te hace pensar eso?

Hilas pestañeó.

—Y entonces... ¿dónde está?

—Por mí, como si está muerta.

—No puede ser —dijo Hilas. Pero, en su fuero interno, el pánico se apoderó de él.

—¡Has dejado a mis cabras! —bramó Neleo—. Tu hermana no se atrevería a volver sin ellas... ¡y tú tampoco deberías a menos que quieras que te desuelle vivo!

—No tardará en venir. ¡Dejadme entrar! ¡Me persiguen!

Neleo entrecerró los ojos y se rascó la barba con una mano callosa. Tenía las piernas torcidas de un campesino y los hombros deformados de levantar el yugo, pero era más astuto que una comadreja, siempre a vueltas con sus argucias para conseguir más por menos. Hilas sabía que estaría debatiéndose entre las ganas que tendría de castigarlo por haber abandonado las cabras y el deseo de que siguiera vivo para que pudiera descargarle de más trabajo.

—Han matado a Esciro —explicó Hilas—. A mí también me matarán. ¡Olvidaos de las normas y dejadme entrar!

—¡Que se vaya de aquí, Neleo! —gritó una mujer—. ¡No ha dado más que problemas desde el día que lo encontraste!

—¡Échale los perros! —pidió otra—. ¡Si lo cogen aquí, estaremos todos en peligro!

—Tiene razón, ¡échale los perros! Algo habrá hecho, si no, no irían tras él.

—Pero ¿de quién habláis? —preguntó Hilas, alzando la voz—. ¿Por qué persiguen a los Marginales?

—Ni lo sé ni me importa —gruñó Neleo; pero Hilas intuyó el miedo en su mirada—. Lo único que sé es que vienen del este y que cazan Marginales. ¡Pues adelante! ¡Mientras nos dejen en paz, que hagan lo que quieran!

Hubo gritos de conformidad entre los aldeanos.

Hilas se humedeció los labios.

—¿Qué me decís de la ley de asilo? ¡Si alguien está en peligro, tenéis que dejarle entrar!

Por un momento, Neleo vaciló. Luego su rostro se endureció.

—Eso no incluye a los Marginales —espetó—. ¡Y ahora largo de aquí si no quieres que te eche los perros!

Pronto anochecería, y no tenía adónde ir.

Pues muy bien, se dijo Hilas, furioso, para sus adentros, si vosotros no me ayudáis, ya me las apañaré yo solo.

Tras volver sobre sus pasos a través de los pinos, se dirigió a la parte de atrás del poblado. No había nadie; seguían estando todos junto a las puertas de los espíritus.

Si creían que nunca había entrado en la aldea, se equivocaban. Cuando uno era un Marginal, tenía que robar para sobrevivir.

Hilas se coló por un hueco que había entre los espinos y se acercó con sigilo a la choza más cercana, que pertenecía a una astuta vieja viuda llamada Tiro. La lumbre estaba

cargada de leña y, en la penumbra roja cargada de humo, Hilas derramó un platillo de leche que la vieja había dejado en el suelo para la serpiente de casa. En un catre situado en un rincón, un bulto envuelto en harapos gruñó.

Hilas se quedó inmóvil. Sin hacer ruido, descolgó de un gancho una pierna de cerdo curada.

Tiro se removió en el catre exhalando un ronquido.

Hilas cogió una túnica que colgaba de las vigas, pero dejó las sandalias, ya que siempre iba descalzo en verano. Tiro gruñó de nuevo. Hilas se apresuró a salir de la choza, no sin antes volver a poner el platillo de leche en su sitio; las serpientes hablaban entre ellas, y si molestabas a una, molestabas a todas.

La siguiente cabaña era la de Neleo, y se hallaba vacía. Hilas cogió una bota de agua, una cuerda de cuero crudo que servía de cinto y un saco de paja en el que metió una morcilla, un queso de oveja, una torta de pan ácimo y varios puñados de olivas. Aprovechó para tomar un poco de vino de la tinaja del viejo y luego echó ceniza dentro para vengarse de todas las palizas recibidas a lo largo de los años.

Se oían voces cada vez más cerca; las puertas de los espíritus se cerraron con un chirrido. Hilas salió a escondidas por donde había entrado... y se dio cuenta, ya demasiado tarde, de que había olvidado robar un puñal.

Había salido la Luna y ya empezaban a cantar los grillos cuando llegó al sombrío almendral situado a las afueras de la aldea. Hilas se apresuró entonces a ponerse la túnica y atarse la cuerda a la cintura.

Unas cuantas abejas revoloteaban con calma alrededor de las colmenas, y vio que había una mesa de ofrendas

sobre la hierba. Confiando en que llevara allí el tiempo suficiente para que cualquier criatura enviada por los dioses hubiera comido ya hasta saciarse, se zampó dos pasteles de miel y una torta de garbanzos rellena con una deliciosa pasta a base de lentejas, pescado seco y queso desmenuzado. Dejó unas migajas para las abejas y les rogó que cuidaran de Issi. Ellas le contestaron con sus zumbidos; Hilas no sabía si eso quería decir que lo harían o no.

Cayó en la cuenta de que Issi no habría pasado por allí, pues de ser así se habría comido aquella torta. ¿Debería quedarse a esperarla o intentar llegar a Lapitos, y confiar en que ella hubiera ido allí en busca de Telamón? El problema era que Lapitos se hallaba en alguna parte al otro lado de la Montaña, y ni Hilas ni Issi habían estado nunca allí. Lo único que sabían de aquel lugar lo habían sacado de las vagas descripciones de Telamón.

El perro que había oído antes seguía ladrando a lo lejos. Parecía abatido, como si creyera que ya no vería aparecer a nadie. Hilas deseó que se callara. Le recordaba a Vete.

No quería pensar en él. Había levantado un muro en su mente, detrás del cual se acumulaban las cosas malas a la espera de ser recordadas.

En el monte el calor desaparecía rápido en cuanto se ponía el Sol y, a pesar de la gruesa túnica de paño que llevaba puesta, le entró frío. Estaba agotado. Decidió alejarse de la aldea y buscar un sitio donde dormir.

No había llegado muy lejos cuando se dio cuenta de que el perro había dejado de ladrar. Ahora daba unos aullidos largos y ruidosos, que se oían más cercanos a medida que Hilas avanzaba por un recodo del camino.

El perro no era tan grande como Vete, pero sí igual de

lanudo. Su dueño lo había atado a un árbol fuera de un refugio hecho de ramas de pino y le había dejado un cuenco de agua, que se había bebido por completo. Era joven y estaba asustado, y al ver a Hilas se volvió loco, tensando la soga al máximo para levantarse sobre sus patas traseras y agitando las delanteras en una muestra eufórica de bienvenida.

Hilas sintió como si le metieran una mano en el pecho y le retorcieran el corazón. Ante él apareció por un momento la imagen de Vete, tendido sin vida, con una flecha en el costado.

El perro le ladró con impaciencia y movió las patas traseras.

—¡Calla! —le ordenó.

El animal ladeó la cabeza y emitió un gañido.

Hilas se apresuró a desatar la bota para llenar el cuenco de agua y luego le arrojó la morcilla. El perro se bebió el agua a sorbetones y, tras olisquear la morcilla, tiró al suelo a Hilas y le lamió la mejilla. Presa del desconsuelo, Hilas hundió la cara en su pelaje y respiró el cálido olor que desprendía. Luego lo apartó entre lágrimas y se alejó como pudo de él.

El perro meneó el rabo y comenzó a gemir en un tono implorante.

—No puedo desatarte —dijo Hilas—. Si lo hiciera, me seguirías ¡y me cogerían!

El animal lo miró suplicante.

—Estarás bien —le aseguró—. Quien te haya atado aquí se ha preocupado lo suficiente para dejarte agua; seguro que no tarda en volver.

Sería así, ¿verdad? Porque él no podía llevárselo, no con

los guerreros negros siguiéndole la pista. Los perros no entendían de persecuciones. No podías pedir a un perro que no te delatara.

Pero ¿y si lo mataban, como habían hecho con Vete?

Antes de que le diera por cambiar de idea, cogió el cuenco de agua, desató al perro y lo arrastró tras él. Cuando tuvieron el poblado a la vista, lo ató a un árbol, le rellenó el cuenco y comprobó que la soga no le quedara demasiado apretada al cuello.

—No te pasará nada —masculló—. Vendrán a por ti.

Dejó al perro sentado en el suelo, gimiendo en voz baja mientras lo veía marchar. Cuando Hilas volvió la mirada, el animal se puso de pie de un brinco y emitió un aullido esperanzado.

Hilas apretó los dientes y echó a correr para adentrarse en la noche.

Las nubes ocultaron la Luna e Hilas se perdió en medio de la oscuridad. La bota de agua y el saco de comida le pesaban cada vez más. Al final encontró una cabaña de piedra en una ladera boscosa. Por el silencio que había en el lugar, supuso que llevaría tiempo vacía.

Pasó a gatas por la entrada baja, haciendo crujir trozos de cerámica rota y respirando un aire húmedo con olor a tierra. Dentro hacía frío y olía como si algo hubiera ido allí a morir... pero servía de refugio.

Hilas se acurrucó en la oscuridad, apoyando la espalda en la pared. Aún olía a perro, lo que le hizo pensar en la última vez que había estado con Vete. Le había apartado el hocico... pero ¿le había acariciado las orejas, o rascado bajo la pata delantera, como a él le gustaba?

No se hacía a la idea de que ya no lo vería nunca más, de que ya no sentiría el calor de su enorme cuerpo peludo apoyado en él, de que ya no notaría su hocico bigotudo resoplándole bajo la barbilla para despertarlo.

Tras echar un trago de agua de la bota, abrió el saco de comida para coger un puñado de olivas. Las manos le temblaron y las aceitunas se le cayeron al suelo, donde, en vano, las buscó a tientas.

De repente, el muro que había levantado en su mente se rompió y los recuerdos inundaron su memoria.

Issi y él habían acampado en una cueva de la cima oeste. Ella había ido a buscar raíces de asfódelo mientras él se encargaba de despellejar la ardilla y ponerla a la lumbre.

—Voy al arroyo a refrescarme —había dicho a Issi—. No dejes que se queme la ardilla.

—¿Cuándo he hecho yo eso? —le había contestado ella indignada.

—Anteayer.

—¡No es verdad!

Sin hacerle caso, Hilas se había echado a andar por el sendero.

—¡No se me quemó! —había gritado Issi a sus espaldas.

Ya en la orilla del riachuelo, había dejado el puñal y la honda encima de una roca y se había quitado la túnica para meterse en el agua. El grito de un halcón había resonado desde la cumbre. Hi hi hi. Por un momento se le había ocurrido pensar si sería un mal augurio.

De repente, Vete se puso a ladrar con furia: «¡Ven rápido! ¡Estamos en apuros! ¡Corre!».

Entonces había oído gritar a Issi.

Sin perder tiempo en ponerse la túnica, Hilas había co-

gido el puñal y había echado a correr sendero arriba. ¿Qué sería? ¿Un oso? ¿Un lobo? ¿Un león? Tenía que ser algo muy peligroso para que Issi gritara de aquella manera.

Al acercarse al campamento, había oído voces de hombres, en tono bajo y terminante, y había percibido un extraño olor acre a ceniza. Escondiéndose detrás de un enebro, se había puesto a mirar entre las ramas.

Vio cuatro cabras tendidas en el suelo, muertas; el resto había huido. Vio a unos guerreros... sí, guerreros... registrando el campamento. Y vio a Vete. En un terrible abrir y cerrar de ojos, reconoció su lanudo pelaje enmarañado con abrojos y sus patas grandes y fuertes, con aquella flecha sobresaliéndole del costado.

Entonces vislumbró a Issi escondida en la cueva, con su carita angulosa pálida del susto. Tenía que hacer algo o la encontrarían.

Se había dejado la honda en el riachuelo. Lo único que tenía era el puñal de sílex, pero ¿de qué le serviría? Un muchacho de doce veranos contra siete hombres armados hasta los dientes.

Hilas había salido entonces de su escondite para dejarse ver y gritar: «¡Aquí!».

Siete rostros grises cubiertos de ceniza se volvieron hacia él.

Zigzagueando entre los árboles, había conseguido que lo persiguieran para alejarlos de su hermana. No podía arriesgarse a avisarla, pero Issi era lista; aprovecharía la ocasión para salir de la cueva.

Pasaron flechas silbando a su lado. Una le dio en el brazo. Gritó y se le cayó el puñal de la mano...

Acurrucado en el interior de la cabaña, Hilas dobló las

rodillas contra el pecho y comenzó a mecerse hacia delante y hacia atrás. Tenía ganas de gritar y descargar su ira. ¿Por qué les habrían atacado los guerreros negros? ¿Qué les habrían hecho Issi, Vete y él?

Le escocieron los ojos y se le hizo un nudo en la garganta, que tragó con rabia. Llorar no le devolvería a Vete. Ni le haría encontrar a Issi.

—No lloraré —dijo en voz alta—. No dejaré que me hagan eso.

Mostrando los dientes, restregó el puño contra la pared para contener las lágrimas.

La luz de la Luna lo despertó, brillando a través de la entrada, y por un momento no supo dónde estaba. Tumbado de lado, intentó no dejarse llevar por el pánico. Entonces volvió a recordarlo todo, y eso fue peor.

Dentro de poco, cuando amanezca, se dijo, partirás para Lapitos en busca de Telamón. Seguro que Issi está con él. Si no, la encontrarás. Es fuerte y conoce las montañas; sabrá sobrevivir hasta entonces.

Su mente ahuyentó la posibilidad de que Issi estuviera muerta.

A medida que la vista se le acostumbraba a la penumbra, distinguió lo que parecía un brasero de barro cerca de la entrada, lleno de huesos calcinados. Al lado había un puñal de sílex roto y una hilera de flechas, todas ellas partidas cuidadosamente por la mitad.

Con una punzada de alarma, Hilas se incorporó. Solo había una razón para una hilera de flechas partidas.

El hombre muerto yacía con la espalda apoyada en la pared de enfrente. Tenía el rostro cubierto con una tela,

pero, por su túnica sin teñir y sus pies callosos, Hilas supuso que habría sido campesino.

Seguro que sus parientes se habrían debatido entre el terror a los guerreros negros y la necesidad de apaciguar al fantasma airado de su familiar; pero al final habían cumplido con los ritos. Lo habían tendido sobre una estera de junco con su hoz y su lanza, rompiendo en dos ambas armas para inutilizarlas, de tal modo que su espíritu no pudiera usarlas. Por la misma razón habían roto en añicos la taza y el cuenco del hombre y estrangulado a su perro, que yacía junto a él, listo para entrar a su lado en la otra vida. Y debía de haber sido un campesino de los más ricos, pues en el rincón del fondo había un esclavo muerto, hecho un ovillo. Al igual que el perro, había sido sacrificado para que pudiera ocuparse de su amo.

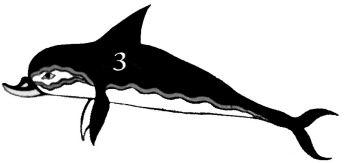
Una tumba, pensó Hilas. Te has refugiado en una tumba.

No entendía cómo no se había fijado en las señales. Por eso habían dejado los aldeanos aquella ofrenda en las colmenas: para que las abejas participaran del festín del funeral. Por eso estaba abierta la tumba: para que el espíritu pudiera pasar.

Y él había infringido todas las normas. No se había aproximado al lugar desde el oeste con el puño en la frente, ni había preguntado a los Ancestros si podía entrar.

Sin atreverse a respirar, Hilas alargó la mano para recoger sus cosas.

El esclavo muerto que yacía en el rincón abrió los ojos y se lo quedó mirando.



El cadáver tenía la palidez cérea propia del que acaba de morir, y sus ojos brillaban a la luz de la Luna.

Hilas se pegó a la pared de la tumba. Vio cómo los labios grises del esclavo se separaban y lo oyó hablar.

Una voz sonó lejana como la muerte. Su manera de expresarse le recordó el grito de los halcones desde lo alto de un cielo frío... en una lengua que no entendía.

No, pensó. No puede ser.

El muerto emitió un largo suspiro vibrante.

—Ah... Quédate...

Hilas dio un grito ahogado. Vio agitarse la polvorienta luz de la Luna con las palabras del cadáver. Respiraba. El muerto respiraba.

—¡Estás... vivo! —susurró Hilas.

El cadáver mostró los dientes con un rictus aterrador.

—No... por mucho tiempo...

Encogiéndose por dentro, Hilas se acercó a él. Notó la tierra pegajosa bajo sus manos. Olía a sangre fresca.

El moribundo era un hombre joven, pues no tenía barba. No era un esclavo, como había pensado Hilas; su cabello oscuro no se veía corto, sino largo, y yacía enroscado bajo su cuerpo. Y tampoco era un campesino, ya que se le veían los pies demasiado cuidados. Llevaba una falda de hilo fino hasta la rodilla con espirales cosidas alrededor del dobladillo y un ancho cinto de piel ajustado a su estrecha cintura. Del cinto le colgaba una daga en una funda suntuosamente trabajada, y del cuello un amuleto tallado con primor en un hueso blanco, el cual tenía la forma de un diminuto pez saltarín con una sonrisa misteriosa. El pez nadaba en su pecho sobre un charco de sangre negra brillante.

—Escóndeme... —musitó.

Hilas trató de retroceder, pero los dedos gélidos del joven se aferraron a él.

—Soy de Keftiu —dijo con voz entrecortada, en una lengua que se notaba que no era la suya—. Una isla grande y lejana... al otro lado del Mar... —Su rostro se crispó—. Al alba. Vendrán a cerrar la tumba. Me encontrarán... y echarán mi cuerpo a los buitres. —Su mirada desesperada buscó la de Hilas—. Ayuda a mi espíritu a encontrar la paz.

—No puedo —respondió Hilas—. Tengo que irme, si me cogen...

—Necesitas un puñal —dijo el keftiu, jadeando—. Coge el mío. Lo he robado. Es muy valioso. Llévalo bien escondido.

A Hilas se le erizó el vello de la nuca.

—¿Cómo sabes que necesito un puñal?

De nuevo aquel rictus horrible.

—Un hombre se arrastra hasta una tumba para morir. Un muchacho lo hace para vivir. ¿Lo ves posible?

Hilas no sabía qué hacer. La Luna estaba cayendo y los grillos emitían ya otro canto. Tenía que salir de allí antes de que volvieran los aldeanos.

—Escóndeme... —suplicó el keftiu.

El deseo de un moribundo es algo poderoso. Hilas no se veía capaz de desoírlo.

Buscó a toda prisa un lugar donde esconderlo. La tumba era más grande de lo que había imaginado, y en la oscuridad se topó con montones de ataúdes de arcilla. Había algunos para niños, pequeños como cacharros para cocinar, pero otros eran más grandes. Hilas encontró uno en el rincón más oscuro y retiró la tapa con gran esfuerzo. Del interior emanó un olor a moho de restos humanos.

Por nada del mundo los habría tocado directamente con las manos. Cogiendo una de las flechas rotas del suelo, apartó el cráneo y los huesos más grandes para hacer sitio.

—No puedo cargar contigo —dijo al keftiu—. Tendrás que meterte por tu propio pie.

Fue horrible arrastrar al hombre agonizante por el suelo, auparlo casi a empujones para que pasara por encima de las altas paredes del ataúd y luego doblarle las extremidades hasta que quedó acurrucado como un bebé en un útero de barro. Para el keftiu debió de ser un tormento, pero apenas se quejó.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Hilas sin aliento—. ¿Y quién te ha dado muerte?

El keftiu cerró los ojos.

—Vienen del este... de Micenas. Son... no sé cómo se dice en tu lengua. Esos pájaros que hacen un ruido... —El hombre emitió un débil graznido.

—¿Cuervos?

—Sí. Los llamamos los Cuervos. Porque son voraces y se nutren de muerte.

Hilas pensó en los guerreros negros. Vio sus oscuras capas agitándose como alas.

El keftiu mostró los dientes una vez más.

—Era de noche... Para disfrazarme me puse una capa de pobre hecha con una piel de liebre áspera. Me confundieron con un... un Marginal. ¿Qué quiere decir eso?

—Un Marginal es alguien que no ha nacido en una aldea —explicó Hilas con tono seco—. Un Marginal no tiene Ancestros que lo protejan, y se ve obligado a vivir fuera del poblado. No te dejan participar en sacrificios, así que no tienes forma de conseguir carne a menos que caces una presa cuando se te presente la ocasión, o que mates una oveja en la Montaña y finjas que ha muerto por un deslizamiento de tierras. Todo el mundo te mira por encima del hombro. Eso es un Marginal.

—Tú lo eres —dijo el keftiu, observándolo—. Sí, se te ve distinto, ese pelo... eres una criatura de la Naturaleza. ¿Hay muchos Marginales en Liconia?

Hilas negó con la cabeza.

—Solo un puñado, que yo sepa.

—¿Y... tienes parientes?

Hilas no contestó. Cuando Neleo los encontró a Issi y a él en la Montaña, no tenían más que la piel de oso sobre la que yacían; Neleo les contó que su madre los había abandonado. Hilas nunca le creyó, en parte porque jamás creía

nada de lo que decía Neleo y en parte porque aquella explicación no cuadraba con el único recuerdo que tenía de su madre. Ella los había querido a Issi y a él, de eso estaba seguro. Nunca los habría abandonado.

—En mi isla —murmuró el keftiu—, a los que son como tú los llamamos Hijos de la Naturaleza. Se hacen dibujos en la piel. Tú no... ¿Cómo pueden saber lo que sois?

Hilas se tocó el lóbulo de la oreja izquierda.

—Tenemos un corte aquí. Neleo nos lo hizo cuando nos encontró.

Hilas tragó saliva. No había olvidado los gritos de Issi cuando le tocó a ella.

—¿Veneráis a la Diosa? —musitó el keftiu.

—¿Cómo? —Hilas se sobresaltó—. Nosotros... nosotros veneramos al dios de la Montaña, y a la Señora de lo Salvaje. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Ah, eso está bien...

—Háblame de los Cuervos —le interrumpió Hilas con impaciencia—. ¿Quiénes son? ¿Por qué persiguen a los Marginales?

—La Diosa... Tiene muchos nombres, según el lugar, pero siempre es la misma Diosa...

Hilas abrió la boca para contestar, pero en aquel momento oyó cantar una abubilla en la ladera. Upu-pu-pu-pu. Pronto amanecería.

—Tengo que salir de aquí —dijo.

—¡No! ¡Quédate! ¡No quiero morir solo!

—No puedo.

—¡Tengo miedo! —le suplicó el keftiu—. En mi tierra enterramos a los muertos mirando al Mar... pero yo no tengo nada del Mar... ¡nunca volveré a casa!

—Tienes ese pez en el pecho...

—Esto no es un pez, es un delfín, pero está hecho de marfil, ¡no está sacado del Mar! Por favor...

Haciéndose fuerte, Hilas recogió sus cosas. Luego, gruñendo, se arrastró de nuevo hasta el ataúd.

—Toma —masculló, arrancándose el amuleto para ponerlo en la mano del hombre—. A mí no me ha servido de mucho, pero tú vas a morir igualmente. Contiene un poco de cristal de roca que encontré en la cima, para la fuerza, y unos cuantos pelos de cola de un león que encontré muerto en una cueva, para el valor. También hay una concha. No sé para qué sirve, pero es del Mar.

—¡El Mar! —El rostro del joven se iluminó—. ¡Así que has estado allí!

—No, nunca. Me lo dieron, pero yo no he...

—¡El Mar te dará las respuestas que buscas! Sí, y el Pueblo de las Aletas te encontrará... —De repente, el keftiu cogió a Hilas por la muñeca y lo acercó a él, clavando su oscura mirada en la del muchacho con una intensidad inquietante—. Ellos saben que irás —musitó—. Recorren su mundo de aguas profundas en tu búsqueda... Y te encontrarán...

Hilas se deshizo de la mano del keftiu con un grito.

—El Pueblo de las Aletas te llevará a su isla... los peces que vuelan y las cuevas que cantan... los montes que caminan... los árboles de bronce.

El joven estaba delirando. Una luz grisácea se coló en el interior de la tumba. Hilas se colgó la bota de agua al hombro y se agachó para coger el saco de comida.

—Y cuando llegues al Mar... —prosiguió el keftiu.

—No voy al Mar...

—... debes arrojar en él un mechón de mi cabello.

—¡No puedo, ya te lo he dicho!

—Llévate un mechón, vamos...

Con un rechinar de dientes, Hilas cogió una punta de flecha y cortó un mechón de la melena negra y rizada del hombre, y se lo metió en el cinto.

—¡Ya está! ¿Vale? ¡No pienso hacer nada más!

El keftiu le sonrió, no con un rictus horrendo, sino con una sonrisa de verdad que transformó su rostro.

—Y cuando llegues al Mar, pídele al Pueblo de las Aletas que vayan a buscar mi espíritu... Los verás aparecer... saltando juntos sobre las olas, tan fuertes, tan hermosos... y me llevarán ante la Resplandeciente, y con ella encontraré la paz, como una gota de agua que se funde con el Mar.

—Te lo digo por última vez, ¡no voy al Mar! –dijo Hilas dirigiéndose a la puerta.

El hombre no respondió.

Su silencio hizo que Hilas se volviera y mirara dentro del ataúd.

El keftiu lo miraba con unos ojos que no volverían a ver jamás.

Sin saber por qué, Hilas metió la mano y le tocó la mejilla hundida. Notó cómo se escapaba el calor de su cuerpo con la misma rapidez con la que el agua se pierde en la tierra. Un instante antes, allí había habido un hombre. Ahora lo único que quedaba era una carcasa vacía.

La abubilla entonó de nuevo su canto desde la ladera.

Hilas se apresuró a colocar la pesada tapa en su sitio y masculló una plegaria a toda prisa.

A medida que la luz se intensificaba, distinguió los ataúdes apilados contra las paredes, pintados con siluetas hu-

manas en rojo y amarillo que danzaban y realizaban sacrificios. Vio la capa de piel de liebre del keftiu en un rincón y la escondió tras un sepulcro. Allí donde había yacido el moribundo, había una enorme mancha oscura. Echó tierra encima. No podía hacer más.

Una música lejana de flautas de caña llegó desde el exterior. Los aldeanos se aproximaban. Pese al terror a los guerreros negros, tenían que llevar vino y miel como ofrenda al pariente que se había convertido en Ancestro.

No había tiempo que perder. Hilas se encaminó hacia la entrada.

La daga. El keftiu le había dicho que podía llevársela, pero ahora estaba muerto y la tenía consigo en su lecho de muerte. Hilas miró a su espalda... y se sorprendió al verla en el suelo a plena vista, junto al ataúd.

Supuso que el keftiu la habría sacado de su funda y dejado caer antes de meterse en el sepulcro. No podía haber sido de otra manera, pues allí estaba el arma.

«Cógela... Llévala bien escondida...»

Era una daga de bronce, sencilla y sin adornos. Tenía una guarda de brazos anchos y cuadrados, tres remaches lisos en la empuñadura y una hoja afilada el doble de larga que la mano de Hilas, con un lomo recto y fuerte que acababa en una punta letal. Los filos despedían un tenue brillo rojo a la luz de la mañana. Hilas nunca había visto nada tan hermoso.

Al recogerla del suelo, la notó pesada. La empuñadura era fría al tacto, pero en un instante adquirió el calor de su mano.

El sonido de las flautas se oía cada vez más cerca.

Hilas agarró la daga con fuerza y huyó.